

fecía) que «los Condes de Asturias de Santillana eran soberanos propietarios de su estado, y no habido por merced de los Reyes, como también lo eran los de Vizcaya sus vecinos». Tan peregrina tesis, sostenida con insensatas combinaciones mitológicas y geográficas, vicia en gran manera el libro del benemérito hijo de Puente Arce; pero no llega á quitarle su valor cuando prescinde de Hauberto Hispalense y otros monstruos de la fauna histórica, y deja hablar á los documentos de Burgos, de Oña, de Santillana, ó consigna curiosas especies y memorias tradicionales que en vano se buscarían en otra parte.

En la atmósfera crítica del siglo XVIII no podían prosperar cronistas del género del P. Sota. La renovación de los estudios históricos se debió aquí, como en todas partes, al benéfico impulso del P. Flórez, con quien tenemos los montañeses una particular deuda de agradecimiento, aunque no acertase en todas sus determinaciones geográficas, por haber visitado muy rápidamente nuestra costa. La cuestión de los verdaderos límites de Cantabria, confundida por la mayor parte de los antiguos historiadores con otras tierras aledañas, había sido resuelta á nuestro favor por el más grande y juicioso de los analistas españoles, Jeróni-

mo de Zurita, en una disertación que con otras suyas publicó el Arcediano Dormer. Pero, ya por haberse divulgado poco los *Discursos varios de historia*, donde está impresa, ya por lo difícil que es siempre desarraigar los errores envejecidos, persistió la antigua confusión, especialmente entre los autores vascongados, y también en algunos jesuitas que habían tomado muy á pecho, no sé por qué, el hacer cántabro á San Ignacio. Tal pretensión, sostenida con gran aparato de mañosa erudición por el P. Gabriel de Henao en sus *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria* (1689-1691), y con mucho ingenio y sutileza por el P. Larrañendi en su *Discurso histórico sobre la antigua y famosa Cantabria* (1736), sucumbió de nuevo, y esta vez para siempre, bajo la acerada crítica del P. Flórez, en su *Disertación famosa* (1768), vindicada luego por el P. Risco de los ataques de D. Hipólito de Ozaeta (1779): *telum imbelli sine ictu*.

El plan de la *España Sagrada*, con su división del estado antiguo y moderno de las iglesias, no permitió al P. Flórez, ni ha permitido todavía á sus continuadores, tratar de la diócesis de Santander, que es de las más recientes. No puede decirse que suplan esta falta las *Memorias antiguas y modernas de la Iglesia y Obispado de Santander*, que

por los años de 1762 á 1764 recogió el entonces Doctoral de nuestro Cabildo y luego Penitenciario y Deán de Jaén D. José Martínez de Mazas. Estas *Memorias*, inéditas todavía, aunque bastante conocidas y aprovechadas, fueron el primer ensayo histórico de su autor, que no llegó á terminarlas ni á limarlas. Pero tales como están, incompletas en muchos puntos y pobremente documentadas en otros, constituyen nuestro único tratado de antigüedades eclesiásticas, y anuncian ya la crítica severa y madura que aquel hijo de Liérganes, trasplantado á Andalucía, había de mostrar en sus eruditos trabajos sobre Jaén y Cástulo.

Lástima fué que ninguno de los grandes eruditos con que podía ufanarse nuestra provincia á fines del siglo XVIII dedicase, á no ser por excepción, sus tareas á la historia local, que en sus manos no hubiera parecido pobre y estéril. Pero no debemos lamentarlo mucho, porque, ocupados en cosas de mayor momento y más general interés, redundó su labor en beneficio de la patria común, como ha redundado siempre el esfuerzo de nuestros mayores, ya en sus empresas bélicas y marítimas, ya en las fábricas arquitectónicas de vario estilo que levantaron por todo el territorio castellano, reservando muy humildes templos para el suyo.

Así, viniendo al caso presente, absorbieron á D. Tomás Antonio Sánchez (1), primer editor de una *canción de gesta* en Europa, sus estudios sobre la poesía anterior al siglo XV, preámbulo de nuestra historia literaria, cuyos cimientos echó tan á nivel y plomo, que no han sido conmovidos desde entonces; al Padre Maestro La Canal (2), la continuación de la *España Sagrada*; al fecundísimo don Rafael Floranes (3), las investigaciones sobre la historia del Derecho y las memorias de las viejas ciudades castellanas, donde residió más tiempo que en su nativa Liébana; á D. Carlos de la Serna Santander (4) (que constantemente escribió en francés ó en latín), la dirección de la Biblioteca de Bruselas, la historia de los orígenes de la imprenta y de las marcas del papel. Las antiguallas de la tierra, pocas y obscuras, sólo interesaban á algunos curiosos coleccionistas como el Consejero de Castilla D. Fernando José de Velasco ó el caballero de Santillana D. Blas Barreda, y ni aun éstos llegaron á publicar sus hallazgos, como tampoco los olvidados autores de los *Entretencimientos de un noble*

(1) Natural de Ruiseñada.

(2) De Ucieda.

(3) De Tanarrio.

(4) De Colindres.

montañés amante de su patria (D. Francisco X. de Bustamante) y del libro gerundianamente rotulado *Memorias á Santander y expresiones á Cantabria*, que escribía en 1772 Fr. Ignacio de Bóo y Hanero, monje jerónimo de Monte-Corbán, y sólo se conoce en extracto.

A pesar de lo exiguo de su volumen y de lo insuficiente de sus noticias, parece que abre nuevo rumbo á estos estudios la rarísima *Memoria del ciudadano F. C.* (Félix Cavada), leída en el Ateneo Español en 23 de Junio de 1820 é impresa al año siguiente; primer ensayo de una descripción física de la provincia, enlazándola con sus vicisitudes históricas y con el carácter, costumbres é industrias de sus moradores. El llamamiento que hacía Cavada á sus paisanos se perdió por entonces entre el tumulto de la lucha política; pero cuando llegaron tiempos más bonancibles, hubo dos eruditos muy dignos de nota que hicieron del país cántabro materia especial de sus trabajos históricos. Fué el primero D. Manuel de Assas, antiguo profesor de la Escuela de Diplomática, arqueólogo de talento y de iniciativa, con aficiones filológicas que le movieron á profesar en España por primera vez el sanscrito y á emprender en Francia el estudio de los dialectos célticos, en los cuales esperaba encon-

trar subsidio etimológico para la toponimia de Cantabria. Su *Crónica de la provincia de Santander*, publicada en 1867, no es más que el prelude según unos, el resumen según otros, de una historia mucho más vasta que tenía escrita ó que pensó escribir. La que hoy leemos adolece de gran desigualdad en sus partes, sin duda por haber tenido que acomodarse el autor á exigencias editoriales: *spatiis exclusus iniquis*. Dilátase con vasta erudición sobre la antigua Cantabria, impugnando con nuevas razones al P. Larra-mendi, rectificando como hijo de la tierra y tan práctico en ella algunos errores del padre Flórez, y aprovechando la geografía de la Edad Media para ilustrar los textos clásicos. Da entrada, antes que ningún otro historiador provincial que yo recuerde en España, á los descubrimientos prehistóricos, que ya en 1857 había comenzado él mismo á divulgar en el *Semanario Pintoresco*. Pero al llegar á la Edad Media, en que tanta novedad podía ofrecer su trabajo, puesto que había recorrido varios archivos y examinado en ellos multitud de escrituras, la narración empieza á ser extraordinariamente compendiosa y defrauda en buena parte las esperanzas del lector.

Con Assas compartía entonces el lauro modesto de la arqueología provincial el hi-

dalgo campurriano D. Angel de los Ríos y Ríos, personaje de simpática extrañeza, que parecía arrancado de una novela de Walter Scott, y que Pereda retrató con rasgos indelebiles en la suya de *Peñas arriba*. Fué Ríos el primer explorador del dolmen del Abra, ó de Peña Labra, descubierto por él en la Sierra de Brañosera, «región trágica y desierta, asombrada por frecuentes nubes, arrecida por tenaces nieves, desvelada por el silbo agudo del viento en los páramos (1)». Con aquel descubrimiento nació la prehistoria montañesa, que después del hallazgo de la cueva de Altamira y otras similares, en el cual tuvo la parte principal un deudo de *Juan García*, atrae hacia este rincón del mundo la atención de los sabios, y envuelve quizá el germen de fecundas indagaciones sobre los primeros vagidos del arte. Pero la verdadera vocación de D. Angel Ríos, aunque no llegó á desarrollarse plenamente por la soledad literaria en que trabajaba y por ciertas preocupaciones muy arraigadas en su ánimo, fué la de historiador de las instituciones de la Edad Media. Su *Noticia histórica de las behetrias*, publicada en 1876,

(1) Artículo de D. Amós de Escalante sobre antigüedades montañesas, en el *Homenaje á M. y P. en el año vigésimo de su profesorado*: Madrid, 1899, tomo I, pág. 856.

da la medida de lo que hubiera podido hacer en este punto el solitario de Proañio si la fortuna no le hubiese mirado siempre con torvo ceño.

Como no presumo que estas páginas hayan de tener muchos más lectores que mis paisanos, de cuya benevolencia estoy seguro, no he temido intercalar aquí tan larga digresión, que muchos graduarán de impertinente, y no lo es, sin embargo, porque marca, mejor que lo harían elogios vagos, el puesto no superior, sino único, que tiene *Costas y Montañas* entre cuantos libros se han dedicado á la historia y descripción de esta vertiente septentrional de Castilla, *Peñas al mar*, que decían nuestros antepasados (1). Exige la historia, tal como hoy la entendemos, condiciones tales, que de ningún modo podemos culpar á los eruditos antiguos por no haberlas atendido. Ni menos pudieron adivinar este género mixto de historia, leyenda, álbum del viajero y fantasía lírica, que la pura ciencia puede, y debe á veces,

(1) Claro es que prescindo aquí de todos los trabajos posteriores al de *Juan García*, y aun de los anteriores sólo he citado los que cuadran á mi intento. Quien desee lograr noticia cabal de todos ellos, llame á las puertas del rico Archivo y Biblioteca montañesa que ha formado en Santander el diligente coleccionista D. Eduardo de la Pezraja.

mirar con recelo; pero que tiene para las almas poéticas inefable encanto, cuando no cae en manos de vulgares rapsodistas, sino de ingenios peregrinos como Escalante, que sobre una base firme de cultura histórica, levantan, no el alcázar quimérico de los sueños, sino la regia y señorial morada en que pueden albergarse dignamente las sombras de los antepasados, sin que ningún pormenor anacrónico les ofenda, sin que ninguna voz discordante turbe su augusto sosiego. Con qué delicadeza, con qué amor ha de ser hecha esta restauración, es inútil encarecerlo; pero cuando se logran con ella primores tales como el cuadro de Becedo en el siglo xv, ó la biografía del último señor de Cantabria, hay que dar las gracias al artista, que, sin menoscabo de la verdad, siente la palpitación de la vida, y acierta á leer en los hechos algo que los simples eruditos no leerán jamás. A tales artífices de historia pueden aplicarse aquellas palabras de la visión de Ezequiel: «Profetiza sobre estos huesos.»

No está en este libro, ni en otro alguno, la historia de la región, ni es muy hacedero escribirla, por falta de unidad en su objeto, mal circunscrito en la geografía, incoherente y dislocado en su vida social, puesto que nunca formó reino ni principado aparte, ni fué regido por unas mismas instituciones,

aunque tuviese algunas muy interesantes y peculiares suyas. Oscilando entre Asturias y Burgos hasta caer definitivamente en la órbita castellana, que tanto contribuyó á ensanchar con las empresas marítimas de sus hijos, tuvo desde entonces dos géneros de historia: la de los montañeses, soldados, navegantes, descubridores en todo clima y bajo todo cielo; y otra más familiar y doméstica, cuyo rumor apenas traspasó los montes que nos sirven de antemural y escudo, y que guardan en sus humildes manantiales la cuna del sagrado río que á toda la Península da nombre, simbolizando en su triunfal curso el destino de la raza que mora junto á sus fuentes, pródiga siempre de su sangre para la Patria común, como él derrama pródigamente á la Vasconia, á la Celtiberia, á la Edetania el tesoro de sus aguas, y sólo se muestra pobre y esquivo en la tierra donde nace.

A esta segunda y menos ruidosa historia, que no es ya la de los montañeses, sino la de la Montaña, atendió principalmente *Juan García*, realzándola y animándola con su emoción personal en cada jornada de su viaje. Fundaciones de iglesias y abadías; organización de behetrías y concejos; fueros y privilegios; armas y linajes; poderosa hermandad de las cuatro villas de la costa, que,

ejerciendo verdadera soberanía, trató de poder á poder con los ingleses; bandos feroces dramáticas venganzas en el siglo xv, trocados en interminables litigios en el xvi; extrañas tradiciones de D.^a Urraca y de los templarios; visitas y embarques regios, llegando el autor á lo sublime de la visión histórica cuando encuentra en su camino las sombras del grande Emperador ó de su desventurada madre: todo esto, y mucho más que ni enumerar puedo, va desfilando por las páginas de *Costas y Montañas*, no con sequedad y aparato de monografías, sino como plática amena de viajero, interpolada con paisajes risueños ó terribles y con escenas de costumbres sólo rápidamente bosquejadas, porque ya el gran maestro de la novela realista tenía acotado para sí este campo, y nunca la emulación de sus laureles ni de los de nadie quitó el sueño á Amós de Escalante ni le empeñó en desacordadas competencias. En el arte caben todos, y cada artista lleva dentro de sí su propio mundo (1).

(1) Acrecen el valor de *Costas y Montañas*, como libro de erudición histórica, varios documentos interesantes que se publican por apéndice: el *Fuero de Santander*, conforme al texto del libro 1.^o de *Privilegios y Donaciones* de nuestra Iglesia, más correcto y cabal que la copia impresa por Llorente; *Una carta de los Reyes Católicos á la villa*

Hay en la historia y en el carácter de los montañeses, aun en los más humildes, cierto sentimiento nobiliario; un apego á la familia, al solar, al blasón, que persistiendo hasta los tiempos de la decadencia, en contraste con la pobreza de la tierra y con el olvido en que nuestros monarcas la tenían, vino á degenerar en superstición algo ridícula y no valió de los poetas cómicos zumbas y caricaturas, como aquel *Dómine Lucas*, de Cañizares, que sale á un desafío cargado con su ejecutoria. Eran los montañeses los primeros en reírse con estas farsas, y ya en el siglo xvii, un ingenioso poeta de Castro-Urdiales, D. Antonio Hurtado de Mendoza, en su comedia *Cada loco con su tema*, rasguñó la figura del mocetón entre linajudo (1) y necio,

de Santander, sobre elecciones municipales; el original del famoso *Voto de San Matias*, hecho por la misma villa con motivo de la pestilencia de 1503; *Una relación inédita* de Francisco Carreño, sobre el recibimiento y fiestas que se hicieron en Santander á la Reina D.^a Ana, cuarta mujer de Felipe II, en 1570; las *Cartas de desafio* que mediaron entre el Almirante D. Lope de Hoces y el Arzobispo de Bordeos en 1639, y una detallada relación, también inédita, de la expedición pirática de aquel Prelado francés contra las villas de Laredo y Santoña; finalmente, catálogos de los abades de Santander y Santillana, que en la segunda edición aparecerán muy corregidos.

(1) Esta voz, inventada acaso por Quevedo, tiene en todos los autores del siglo xvii, no el sentido honorífico que ahora disparatadamente le aplican muchos, sino el sentido despectivo de «hombre fatuo y presumido de su alcurnia».

Que con su halcón y su perro
Vive en el monte y no en casa,
Y á la noche vuelve y pasa
Todo el libro del Becerro...

Muy puesto en que su Montaña
Vale más que mil tesoros,
Y pensando que es de moros
Todo lo demás de España.

Estos sueños heráldicos tenían, sin embargo, muy noble y autorizado principio. El más grande de los oriundos de nuestra comarca, y el más clásico de los escritores nacidos en ella van acordes en esta parte con el sentir tradicional del vulgo. «En aquellos solares no reconocemos superior á nadie», decía D. Francisco de Quevedo (1). «A los que somos montañeses — escribe hiperbólicamente Fr. Antonio de Guevara — no nos pueden negar los castellanos que, cuando España se perdió, no se hayan salvado en solas las montañas todos los hom-

(1) «Facilitó esta resolución y levantó esta cantera el presidente Acevedo, á quien yo era desapacible, porque, siendo yo montañés, nunca le fui á regalar la ambición que tenía de mostrarse, por su calidad, superior á los que en aquellos solares no reconocemos á nadie.» (*Grandes Anales de quince días*, en las *Obras de Quevedo*, edición Rivadeneyra, tomo I, pág. 202.)

Quevedo, aunque nacido en Madrid, gustó siempre de apellidarse montañés, y alguna vez añadió este calificativo á su firma; por ejemplo, en el autógrafo de su traducción de Anacreonte.

bres buenos, y que después acá no hayan salido de allí todos los nobles. Decía el buen Iñigo López de Santillana que en esta nuestra España, que era muy peregrino ó muy nuevo el linaje que en la Montaña no tenía solar conocido (1).»

Es de ver el elocuente comentario que se hace de estas palabras, en el prólogo de *Costas y Montañas*, vindicando el verdadero sentido histórico de este culto de los mayores, de esta devoción á la estirpe, tan natural en los descendientes de aquella brava y ruda aristocracia montaraz, que por sus hábitos y su pobreza se confundía con los vasallos que guiaba al combate. Aristocracia que nunca fué de títulos, sino de apellidos, porque títulos podía darlos el Rey, apellidos de solar no. Y por muy demócratas que nos sintamos y muy persuadidos que estemos de la verdad de aquella sentencia que ya expresaba el prudente Ulises en su disputa con Ajax de Telamón:

*Nan genus et proavos et quæ non fecimas ipsi
Vix ea nostra voco.*

todavía es verdad (y ojalá continúe siéndolo) que la hidalguía heredada y dignamente

(1) Véase la *letra al abad de San Pedro de Cardeña*, que es la 24 de la primera serie de las *Epistolas familiares* de Guevara.

mantenida con obras de virtud y de honor, vale más en la estimación de las gentes que la insolencia temeraria del aventurero ó la mal granjeada fortuna del advenedizo. De este sentimiento, tan arraigado en pechos montañeses, fué digno intérprete Amós de Escalante, en las muchas páginas de su libro que consignan leyendas heráldicas; y también en este sentencioso soneto, que parece dictado por el numen del señor de la Torre de Juan Abad, en sus horas graves, y no parecería mal entre los de la musa *Polimnia*:

EL ESCUDO

Cautela militar forjóte en hierro
 Y vana ostentación te esculpe en piedra;
 Sudario á tus blasones de la hiedra,
 Y á tu virtud un pergamino encierro.
 En sangre y gloria, de la playa al cerro,
 Soldado ayer á quien morir no arredra,
 Sombra es tu luz con que el soberbio medra
 Y en muro ocioso tu vivir destierro.
 Si logran propios vicios mancillarte
 Y rencorosa envidia escarnecerte,
 Menos cuesta escupirte que ganarte;
 Mas ¿cuándo negará la humana suerte,
 Aunque presuman celos desdeñarte,
 Guerra á fundirte, orgullo á mantenerte?

El estilo de *Costas y Montañas*, en que abundan los períodos amplios y rozagantes, interpolados con otros de más sencilla es-

tructura, opulentísimo de vocabulario, rico de luces y de nieblas, de sonidos estridentes y de sonidos misteriosos y apagados, es un magnífico alarde de la riqueza de ideas y de imágenes, que cabe en el molde de la sintaxis castellana cuando tan ingeniosamente se la maneja. No llega todavía á la intachable pureza de *Ave Maris Stella*; pero tiene más movimiento, más arrogancia, más color y brío. Marca el punto culminante de la literatura y de la edad viril de su autor. Bien se conocería, aunque él no lo dijese, que ese libro fué concebido y escrito, no en melancólicas tardes de otoño, sino «en horas estivas, alto el sol, inundada de luz la ribera, poblado de sonidos el aire, risueña la campiña, más risueña la aldea».

De la maestría de sus descripciones, que nunca se quedan en la superficie, sino que penetran hasta el alma de las cosas, sólo citaré un ejemplo, escogiéndole brevísimo: un himno al agua, que podría servir de comentario moderno al primer verso de la primera *Olimpiaca* de Píndaro:

«Las aguas corrientes no son riqueza sólo; son vida del paisaje. Porque el agua posee los tres accidentes del vivir: luz, voz y movimiento; luz reflejada, como la luz de la pupila; voz ligera y amorosa, soñolienta y grave, como la voz de la garganta humana.

No hay soledad donde el agua corre; no hay tristeza donde el agua mana; no hay desierto donde el agua vive. Fecunda el suelo y despierta el alma, arrulla el dolor, ensancha la alegría, es compañía y música, medicina y deleite; sobre sus ondas van blandamente bañados los pensamientos, os los trae de donde viene, lleva los vuestros adonde va; en ellas refleja el cielo, y podéis contemplarle sin que os ofenda la viva luz del sol, cuando ya la frente se inclina á tierra, ó porque la tierra le atrae, ó porque el peso de los años la dobla.» Así escribía *Juan Garcia* á cada momento, en cada página.

Cantor del agua en todas sus manifestaciones, fué sobre todo gran poeta de la mar. Bien pueden aplicarse á su inspiración estos lindos versos de Metastasio, que ahora acuden á mi memoria:

L'onda dal mar divisa
Bagna la valle e'l monte:
Va passegiera in fiume,
Va prigioniera in fonte:
Mormora sempre e geme
Finchè non torna al mar;

Al mar dov' ella nacque,
Dove acquistò gli umori,
Dove dà' lunghi errori,
Spera di riposar (1).

(1) *Artaserse*, att. III, sec. I.

La onda de su ingenio, dividida del mar, podía bañar valles y montes; pero se encontraba aprisionada en la fuente y en el río, y murmuraba siempre y gemía hasta volver al mar donde había nacido y donde esperaba reposar. Había en este culto de nuestro poeta al mar cierto naturalismo grandioso y confuso, que en varón menos cristiano hubiera tenido visos de idolatría. El podía decir, como Byron en el sublime apóstrofe final de la *Peregrinación de Child Harold*, que siempre había amado al Océano, y que desde niño había sido su mayor placer jugar con sus ondas ó flotar como una burbuja en sus corrientes, entregarse á él como un hijo á su padre y acariciar con la mano sus espumosas crines (1).

Sin el negro humor que agriaba en el alma soberbia de Byron hasta el bálsamo de la contemplación de la Naturaleza, sin la cavilación panteística de Shelley, sin la nota irónica que transportó Enrique Heine á sus

(1) And I have loved thee, Ocean! and my joy
Of youthful sports was on thy breast to be
Borne like thy bubbles, onward: from a boy
I wanton'd with thy breakers—they to me
Were a delight; and if the freshening sea
Made them a terror—'twas a pleasing fear,
For I was as it were a child of thee,
And trusted to thy billows far and near,
And laid my hand upon thy mane—as I do here.

descripciones del Báltico glacial, tienen afinidades con el primero y con el último de estos poetas, á quienes había estudiado mucho, no con el segundo á quien no conocía, algunas de las *marinas* que en prosa y en verso compuso Amós de Escalante. En otras influyó sin exceso la prosa grandilocuente y poética de Michelet. El libro titulado *En la playa* (1873) despierta y sugiere el recuerdo de lecturas muy diversas. Pero todos los poetas y todos los libros del mundo no le hubiesen enseñado á descifrar, con clave propia, algo de lo que dicen las ingentes voces y augusto silencio del mar si no hubiese vivido en relación íntima y cotidiana con el fiero Títán á quien cantaba, ya luchando á brazo partido con él, ya solicitando su confianza con sumiso y devoto requerimiento. No de otro modo el pastor Aristeo de las *Geórgicas* llegó á aprisionar en su gruta marina al multiforme Proteo, trocado ya en fuego, ya en horrible fiera, ya en río caudaloso, hasta que le arrancó el secreto de su adivinación, que guardaba tan celosamente como los baños de focas que le había confiado Neptuno:

. *immania cujus*
Armenta pascit, et turpes sub gurgite phocas.

Y en verdad que nuestro poeta tuvo que habérselas con una deidad menos mansa y

tratable que la que aprisionó el hijo de Cirene, deidad al fin del Mediterráneo sonora y luminoso. Este otro dios tremendo, á quien cuadra mucho mejor el epíteto homérico de *polifono*, pero cuyas voces suenan, en los oídos que no están avezados á escucharlas, como ecos del abismo que reclama su presa, tiene también horas de calma excelsa y sublime, todavía más rebeldes al pincel y al ritmo que las tormentas y borrascas. Y en esas horas iba á consultarle nuestro poeta, buscando la revelación de sus arcanos «lejos de la tierra, solo y desnudo, como se llegaban al antro misterioso los consultores de ciertos oráculos antiguos». Así aprendió «sonidos que sólo dentro del agua llegan al oído, colores que sólo de cerca muestran su rico matiz y su intensa belleza»; sintió «la vida pendiente de delgadísimos hilos, en rededor de los cuales centellean filos agudos y sin número», y gustó á flor de agua «un apartamiento singular, tan difícil de explicar y comprender como dulce de sentir». Y allí perseveraba, «embebido en sus callados coloquios con la naturaleza... hasta tanto que, á manera de caricia más bien que de reprensión, sentía la leve mano de la fatiga posarse blandamente en sus miembros».

Así se engendraron sus *acuarelas*, el mejor poema de la mar que tenemos en nues-

tra literata. Pero como *Juan Garcia*, aunque tan amigo de la soledad, nada tenía de insocial ni de misántropo, y «tanto vivía de ajenas vidas cuanto de la vida propia», jamás prescinde del elemento humano en el paisaje, sino que hace vagar entre el caprichoso juego de las nieblas, «que á veces embozan, á veces velan como transparente gasa la marina», sombras familiares de su juventud, apariciones ya trágicas, ya risueñas, historias contadas á media voz, parte reales, parte soñadas ó que del espíritu no pasaron á la ejecución. Libro que con apariencias ligeras envuelve una psicología profunda y amarga á veces, que no todos entenderán, que otros lamentarán entender demasiado, porque el fruto de la experiencia suele tener un dejo más agrio que dulce, aun en los hombres buenos. Cinco son estas narraciones, y todas ellas tienen por teatro la maravillosa playa del Sardinero, lugar predilecto de Amós de Escalante (*Ille terrarum mihi præter omnes angulus ridet...*), donde «nunca encontraron hastío sus ojos ni cansancio su alma», aunque la frecuentaba menos desde que el prosaico veraneo de tierra adentro vino á quitarle mucho de su majestad y hermosura. Entre estos relatos descuellan dos: *Un cuento viejo* y *A flor de agua*. Del primero es enteramente histórica la catástrofe, que todavía re-

cuerdan algunos en Santander. Impresa está la biografía del protagonista, á quien su mala suerte trajo á ahogarse en nuestra playa. Era un alto oficial, creo que de Estado Mayor; su apellido Buenaga; mozo bizarro, de hermosa apostura y complexión atlética. Díjose ya entonces que una liviana voluntad femenina le había movido á arrojarse á la temeraria aventura en que sucumbió. Este rumor fué aprovechado artísticamente por *Juan Garcia*, introduciendo en la más culminante y dramática situación una linda paráfrasis del antiguo cuento de D. Manuel de León y del guante arrojado por su dama entre los leones; página que se lee con encanto aun después de conocida la balada de Schiller (*Der handschuch*) sobre el mismo argumento. Ni el carácter de Vivero, ni el de la marmórea y soberbia Laura, son tampoco creación arbitraria de la fantasía. El segundo, sobre todo, tiene tales toques de verdad en su inhumano y feroz egoísmo, que no puede dudarse de la existencia de un modelo vivo, acaso muy presente á los ojos ó á la memoria del artista cuando trazó su vengador perfil, trasladándole á época algo más lejana.

Distinto género de interés, pero acaso algún misterioso parentesco moral ofrece con esta narración la titulada *A flor de agua*,